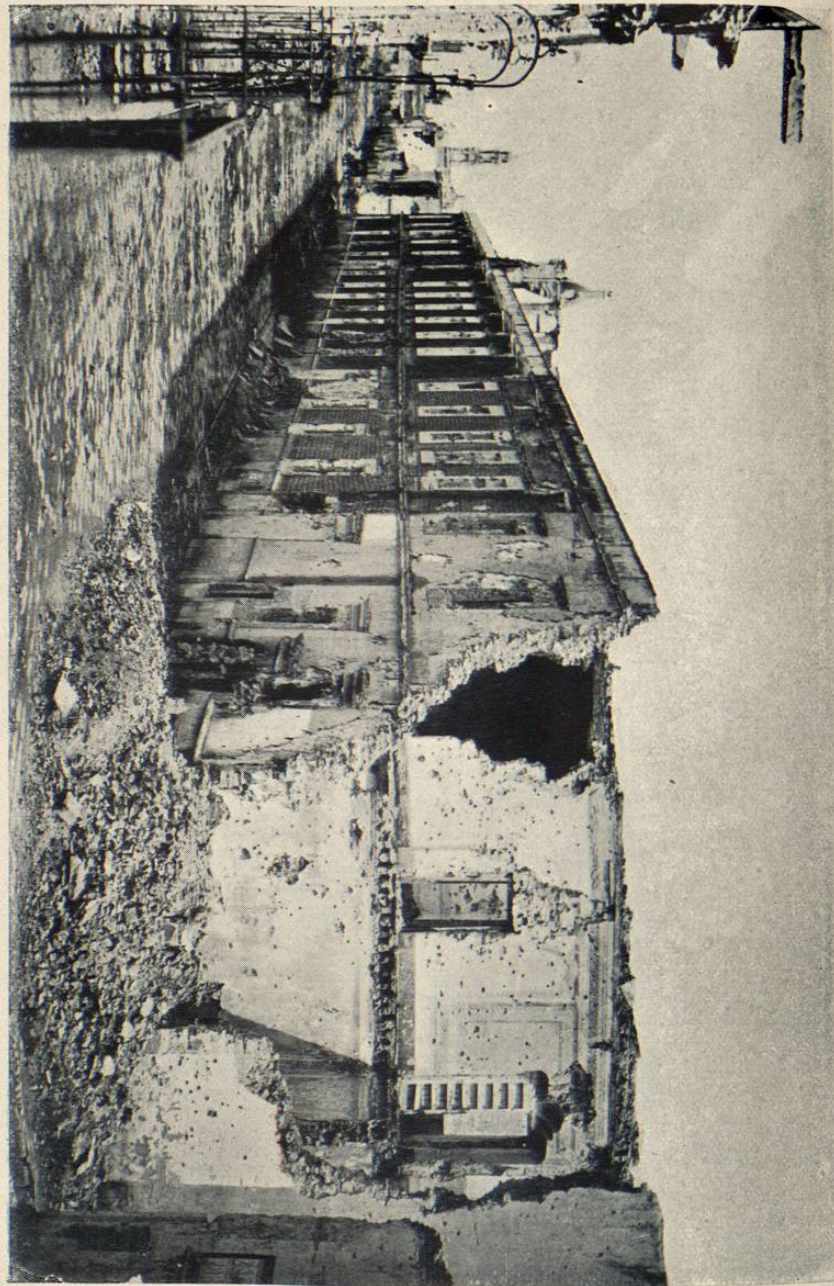


carga recatándose en las paredes, ocultándose en los escombros y caminando con pasos de quien espía y observa.

Mas urgía reforzar la fortificación de la manzana de San Marcos, que, según creía el jefe, iba á ser la primera atacada, y Pancho se aplicó á aglomerar piedras, sacos llenos de tierra, muebles y losas, sobre todo en las puertas y ventanas. A las seis de la tarde empezaron á oír golpes que indicaban se estaba minando el terreno: se colocaron en el suelo tambores con los parches bien restirados y cubiertos de arvejonas, pero no llegaron á resonar denunciando que hubiera horadación interior.

— Es en la acera de enfrente, en el Hospicio, advirtió el General que en ese instante llegó, después de haber hecho la ronda de las manzanas.

Y en efecto, á las ocho de la noche comenzó un cañoneo espantoso, que semejaba el día del juicio. Los de dentro contestaron por los propios consonantes; pero la artillería francesa era muy poderosa y consiguió derribar el intervalo entre dos puertas de una tienda y echar abajo aquéllas, de manera que quedó abierta una enorme brecha. Mas apenas se atrevieron los primeros zuavos á intentar la hazaña, y conocieron que todavía el hueso estaba duro de roer: una granizada de proyectiles les causó muchas bajas, y cayó sobre ellos una serie de capiteles y de columnas, de piedras y de ladrillos, de trozos de ma-



El Hospicio, después de la rendición de la plaza
Reproducción directa de una fotografía

dera y de pretil, de tal manera que no tuvieron más remedio que volver grupas por si acaso podían tomar el punto más reforzados...

A poco volvieron á lanzarse al asalto por la misma brecha que había abierto su artillería. Francisco vió penetrar una avalancha de hombres rojos, azules, blancos y negros; vió muchas armas (fusiles ó espadas, no habría sabido decirlo) que rompían la nube de humo que llenaba el espacio caldeado por tanto fuego propio y extraño, y vió al jefe que bajaba hasta el patio invadido ya por la canalla. Tras de Porfirio bajó Caballero; mas por mucha que fuera la diligencia de ambos, no pudo ser tanta que lograran llegar abajo antes de que los soldados mexicanos salieran en montón, atropellándose, golpeándose y hasta hiriéndose y matándose, por la abertura de la pared del fondo. Ya llegaban los enemigos al centro del patio, cuando Porfirio vió abandonado el obús que había dispuesto se colocara allí. Con inspiración repentina haló la piola, salió el tiro y la turba, que ya entraba victoriosa, retrocedió espantada hacia el boquete de salida.

Repuestos un poco del susto, los franceses volvieron á la empresa; y mientras el General cargaba de nuevo el obús, un zuavo gigantesco se dirigió á Francisco blandiendo el enorme chafarote. Al ver Díaz comprometido á su compañero, sacó la pistola; pero en la refriega el arma se había desarticulado, quedándose el cañón en la

funda, rodando por el suelo el cilindro y cogiendo el General tan sólo el puño, que arrojó al pecho del zuavo á guisa de proyectil. Debe de haber creído el gigantón que le habían herido, porque corrió amedrentado, y aunque después quiso volver, no lo logró porque los suyos estaban muy distantes de los mexicanos, y éstos, que al principio habían huído, se encontraban ya recuperados y volvían á la defensa haciendo fuego sobre los ocupantes del patio.

Los gabachos estaban metidos en un agujero que se había abierto en el suelo para reforzar la fortificación, y empezaron á combatir á los de Porfirio, que estaban á descubierto; pero pronto un teniente llamado Carbó, acompañado de cincuenta hombres, rompió fuego nutrido desde la azotea y no tardaron los franceses en repasar la calle perseguidos por los tiros de los nuestros.

Reponer la obra de terracería destruída por los franceses fué cosa larga y que costó mucha gente: tenía que hacerse á la vista del enemigo y bajo sus fuegos certeros; mas á cosa de las doce llegó jadeante un soldado y avisó al jefe que estaban atacando la línea en la calle de las Cabecitas, defendida por Balcázar.

Fuése Paco tras de Porfirio que salió á toda prisa, acompañado de unos cuantos amigos, y el muchacho quedó espantado al ver el espectáculo y al oír el estruendo con que les recibían: iluminaban todo el espacio que se podía abarcar con los ojos, innumerables disparos de rifle y de

cañón, que salían de grietas ocultas, de respiraderos desconocidos, de aspilleras que era imposible encontrar; el fulgor cárdeno, rojizo á veces, nunca intermitente, era aumentado por el estallar de las bombas que salían de San Javier y de la Plaza de toros, y que después de cuchichear un rato lanzando chispas azulosas, estallaban al fin con un ruido que parecía como si el universo entero fuera á desquiciarse. Cuando llegaron Díaz y sus acompañantes, la casa atacada estaba á punto de perderse: ya se hallaban en el interior muchos franceses y hubo que abrirse paso machete y pistola en mano, matando á un tagarote barbudo y ya viejo, á un muchacho de buena estampa que disparó su Lefaucheux sobre Díaz, herir á varios y pasar sobre cadáveres y escombros hasta llegar al fondo de un patinillo largo y angosto, que parecía la esperanza de un pobre.

¡Quién sabe cómo tendrían noticia los defensores de que quien llegaba era Porfirio, pues á pesar de hallarse en lo más espantoso de la refriega, cuando el plomo y el fuego llovían por todas partes, se sintieron reconfortados y empezaron á gritar: ¡Viva Porfirio! ¡Viva Oaxaca! ¡Ahora sí se hizo la chica!

El patinejo, que se mostraba tardío y receloso al acercarse al zaguán, se estrechaba al penetrar al interior, como si quisiera ahuyentar á cuantos llegaran. Tras la *cerbatana*, como se llamaba á aquella incómoda arteria,

seguía un pasadizo que claramente decía: «No pases», y hasta allí consiguió llegar el jefe embarrándose contra las paredes y seguido de unos pocos. Acompañábale un licenciado joven, auditor de no sé cuál división, y ambos, en menos tiempo del que se emplea para decirlo, cogieron



El Mesón de los Nobles Varones (de la línea del General Díaz), después de la rendición de la plaza.

Reproducción directa de una fotografía

un mostrador viejo, una mesa, varios taburetes y muchos palos inútiles y á toda prisa formaron una barricada desde donde empezaron á hacer fuego. Quien viera de ordinario al General calmado, tranquilo, suave y sereno, no le habría reconocido transfigurado por el *demon* interior que le hacía comprender que en su actitud estribaba la suerte de muchas gentes y quizás la de la plaza. Tenía

el cabello hirsuto, cetrina la tez, la mirada vaga, pero rebosante de brío, de fuerza y de valor, y los músculos todos dispuestos á entrar en acción, como si fueran ruedas de una máquina recién fabricada y siempre en corriente. A un mismo tiempo ordenaba como jefe, se batía como soldado, levantaba fardos como jayán y ocultándose, haciendo fuego, mandando y ayudando á aglomerar obstáculos, parecía un ser uno y múltiple que tuviera el poder de desarrollar las energías de muchas existencias.

— Sargento, dijo á Francisco con una voz tremenda que el muchacho no conocía, sargento... y se interrumpió para disparar el fusil y contestar á gritos á alguien que le preguntaba no sé qué: usted me responde del segundo patio...

Pancho colocó á su gente, y como pudo siguió batiéndose hasta que sintió que los franceses estaban ya, como quien dice, á su lado; pero aún faltaba la cola por desollar: de las azoteas se fusilaba á los franceses, del fondo del patio hacían llover los soldados del sargento miles de proyectiles y en los cuartos del primer corredor ensayaban resistencia terrible unos zapadores que habían quedado encerrados allí.

Los gabachos rugían de rabia y se exponían más de lo que la prudencia aconsejaba y de lo que ellos solían atacar á los que les causaban tanto daño. Comprendiendo que los zapadores encerrados en las piezas que enfilaban

el patio eran los más débiles, allí dirigieron de preferencia sus fuegos. Contestaban los otros con brío, pero á lo mejor cesaron los tiros casi del todo.

— O están muertos, ó se les agotaron las municiones, exclamó el jefe, y con la pica en la mano empezó á abrir un agujero en la pared.

Los encerrados, que comprendieron que se trataba de auxiliarles, siguieron trabajando con positiva furia para alcanzar á los que se acercaban, y rascando aun con las manos, ampliaron el agujero hasta que los del pasadizo pudieron ver una cara morena, empolvada, con los cabellos tapándole los ojos y que contestó á las preguntas del General:

— Entoavía semos quince, y como quera, como quera les hacemos juego una hora... No más manden *parque*.

Ya estaba allí el licenciado Castellanos con varios tenates de *parque* y los hizo pasar por el agujero. En aquel instante los franchutes apretaban á los encerrados; mas como éstos ya tenían municiones, pudieron responder debidamente y sin fatiga. Entretanto, los de la azotea contaban ya con granadas de mano, y echaron dos de una vez causando una alarma y un daño espantosos entre los franceses. Vino otra granada y un zuavo quiso apagarla: apenas había tocado la espoleta, cuando reventaba el terrible ingenio destrozando al temerario... Los del pasadizo vieron un fulgor que cegaba, pedazos de calzón rojo

volando por el aire y luego á los enemigos que se replegaban en la pared y que corrían á guarecerse al zaguán.

Porfirio, seguido de sus pocos soldados, salió tras ellos; salieron también los zapadores, y en un momento, metiendo en vientres y costillares el sable y la bayoneta hasta mojarse los dedos, echaron á los zuavos de la casa.

En esos momentos, la rosada aurora se asomaba por las puertas del oriente, se maravillaba de ver tantos muertos, tanta sangre y tantos escombros, y hasta parecía como si el menudo aljófara que dejaba en los campos fuera el llanto del cielo que se dolía de que así se destrozara la tierra, que es tan hermosa, y así se ultrajara la vida, que es tan corta y tan frágil.

— Sargento, dijo Porfirio á Olivos, váyase á descansar un rato, que pronto tendremos frasca: se ha ganado usted un ratito de sueño.

— ¿Y usted, mi General?

— Yo voy á continuar mi tarea; todavía me queda mucho que hacer.

Cuando Pancho se levantó y volvió á su punto, halló á todos sus compañeros alborozados y satisfechos.

— Salud, subteniente...

— Va muy de prisa, amigo Olivos.

— Se explica el niño; diez y seis años y ya se rapa su gradito como un caballero.

— En la orden de hoy ha salido: se suplica al Cuartel

general que le otorgue el grado inmediato, en gracia de su comportamiento de anoche.

— Muchas gracias, muchas gracias; pero díganme qué fué ese cañoneo que me despertó del sueño más sabroso de mi vida.

— ¡Feliz mortal! Casi nada; que los franceses abrieron un boquete que mala la comparación, parece la nave del centro de la catedral; que cuando quisieron dar el asalto se les vino abajo el techo de los cuartos en que habían colocado su artillería, y que tuvieron que retirarse... Manuel González, que es muy hombre, quiso sacar los cañones enterrados; pero los malditos gabachos hacían tal fuego, que resultó imposible remover las piezas...

Algo más habían hablado aquellos noveleros, cuando un cabo, que llegó pálido y tembloroso, les llamó á gritos:

— ¡Los franceses... aquí, atacando la misma brecha; ya se meten!...

Corrían todos á sus puestos, cuando les hizo retroceder un estruendo como no lo habían oído nunca; y el viento formidable y la inmensa cantidad de tierra y de caliche que precedieron al trueno, les incapacitaron para darse cuenta de nada.

— ¡Se viene abajo la manzana!

— ¡Una mina!

— ¡Reventó una mina!

— ¡De seguro murió el General!

— ¡Malditos sean los gabachos!

— ¡Bandidos, infames!

Pero cuando más invectivas dirigían á los invasores, oyeron sonar la diana alegre, jacarandosa, llena de toda la confianza y el vigor en que abundaban los sitiados. Alguien que se alejó un momento del grupo, volvió con la nueva:

— Los zuavos huyendo; van á la desbandada y corren á encerrarse en el Hospicio.

— ¿Y ese ruido?

— Cosas del jefe. ¿Se acuerdan ustedes de aquel techo de bóveda que ayer quedó firme? Pues Porfirio mandó abrir en él diez claraboyas, dispuso que en cada una se colocara un soldado con cuatro granadas y que las granadas se juntaran con una mecha; que á la hora que entraran los contrarios se hiciera estallar el mecanismo y... ya ven: han reventado las cuarenta granadas con un estrépito endiablado, y los gabachos han corrido dejando una barbaridad de heridos y prisioneros, y diciendo: «No más Porfirio.»

— ¡Qué gracioso!

— ¡Qué bien pensado!

— Esos son *tompeates*.

Y se retiraron á celebrar el triunfo.



CAPITULO XV

Sangre y fuego

QUIÉN se acordaba en aquellos días de la Semana Santa con sus inefables misterios, de las procesiones, del ascua de oro de los templos y de la devoción de los poblanos? Nadie, ni siquiera el propio Sedeño, que vivía en medio del dolor y el aislamiento más espantosos, afligido... ¿de que los franceses destrozaran á Puebla? No; de que los mexicanos tozudos les resistieran.

El Martes Santo empezaron los tremendos ataques contra San Agustín, y el Viernes se quemó la iglesia con riesgo inminente de toda la ciudad... Pero vamos con orden, para no anticipar los acontecimientos.

La fortificación de San Agustín era una de las más terribles de las que en aquellos días se hicieron. Se había levantado una gran trinchera en la pared exterior del con-